

ECONOMIA Y CIENCIAS SOCIALES

Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales

Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales

Universidad Central de Venezuela

reveciso@faces.ucv.ve

ISSN: 1315-6411

VENEZUELA

2004

Aníbal Quijano

EL LABERINTO DE AMÉRICA LATINA: ¿HAY OTRAS SALIDAS?

Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales, enero-abril, año/vol. 10, número 001

Universidad Central de Venezuela

Caracas, Venezuela

pp. 75-97

EL LABERINTO DE AMÉRICA LATINA: ¿HAY OTRAS SALIDAS?

Aníbal Quijano

América Latina, tres décadas después del comienzo de la neoliberalización capitalista¹, se mira hoy con su economía estancada, con la más alta tasa de desempleo y con el más alto porcentaje de pobres de su historia (Cepal, 2002; PNUD, 2002), atravesada de revueltas sociales, sumergida en la inestabilidad política y por primera vez en más de un siglo —es decir, después de la conquista del norte de México a mediados del siglo XIX, y de Cuba, Puerto Rico, Guam y Filipinas al final de ese mismo siglo— con su integridad territorial y su independencia política explícitamente en cuestión.

Culminando la década de los 80 en el siglo XX, en la región había consenso en denominarla como la *década perdida*, pues ya en 1982 América Latina sufría la más grave crisis económica en cincuenta años (Iglesias, 1983; Quijano, 1984). Veinte años después, no hay dificultad en señalar que el proceso ha sido no sólo una pérdida sino una auténtica catástrofe. Ciertamente en primer lugar para los explotados, los dominados, los discriminados. Pero esta vez el proceso ha ampliado largamente el universo de sus víctimas abarcando también a las capas medias urbanas de profesionales y tecnoburócratas y aun a los propios grupos de burguesía dependiente vinculados al mercado interno.

Empero, la creciente marejada de resistencia mundial contra los efectos de la neoliberalización del capitalismo y de la reconcentración del control imperialista de la autoridad estatal, también tiene en América Latina uno de sus espacios más activos. Y la ahora continuada movilización popular contra la situación actual y contra los regímenes políticos responsables de haberla producido, ha llevado a una deslegitimación universal del neoliberalismo, no sólo en su condición de eje de control de las políticas del Estado y del movimiento de la economía, sino también como lo que virtualmente había llegado a ser: una suerte de sentido común hegemónico para el conjunto de la existencia social.

Esa deslegitimación ideológica y política del neoliberalismo plantea ahora un debate sobre las opciones de orientación de las políticas económicas, sobre las perspectivas inmediatas y futuras de acción y, para comenzar, por su-

¹ El 11 de septiembre se cumplieron 30 años del golpe de Pinochet en Chile, que dio comienzo al proceso de neoliberalización del capitalismo en América Latina.

puesto, respecto de las más graves consecuencias sociales del prolongado dominio del capitalismo neoliberalizado: el creciente desempleo y la expansión del número de pobres y de la extrema pobreza. Para explorar sus perspectivas, es indispensable mirar de nuevo y más de cerca ese panorama.

El panorama actual de América Latina

Los procesos mayores que conducen y ordenan la actual perspectiva sobre América Latina, son:

1. La continuada y creciente polarización social de la población. Las estadísticas sobre el desempleo, la distribución de ingresos, la proporción de pobres y los niveles de pobreza apuntan a que dicha tendencia es el más abultado rasgo de la presente situación latinoamericana, producida, como en todo el mundo, por los programas de “ajuste estructural” que han sido impuestos en estos países para sostener el pago continuo de los servicios de una deuda internacional, la cual, sin embargo, crece sin cesar y que, en consecuencia, es impagable, equivaliendo a un tributo colonial, ya que el país más endeudado del planeta, Estados Unidos, no está sujeto a las mismas obligaciones².

2. La reprivatización social del Estado. El Estado reduce en forma continua los gastos fiscales en servicios públicos, educación, salud, seguridad social, infraestructura urbana y de transportes. Privatiza, en más de los casos remata, los recursos de producción bajo control estatal, las empresas estatales destinadas a la producción de mercaderías de exportación y a la producción de servicios públicos. Y procura, también continuamente, aumentar la deuda externa y la deuda interna, recurriendo sea a préstamos y créditos internacionales, sea a la venta de bonos del Estado, a fin de mantener crecientes las sumas pagaderas por servicios a la deuda internacional, en particular. Y para obtener recursos para dichos pagos, en momentos de contracción económica generalizada en toda la región y en el mundo, impone siempre nuevos impuestos sobre la población. Esas medidas del Estado denuncian, a las claras, que los socios, agentes y sirvientes de los capitalistas globales han logrado un control virtualmente privado del Estado, como lo tenía, antes de la Segunda Guerra Mundial, la coalición oligárquica (Quijano, 2002a).

3. La recolonización del control de los recursos de producción y del capital en su conjunto. El control de los recursos de producción, y en general de acumulación de capital, se ha concentrado y aún tiende a concentrarse más en manos de las corporaciones transnacionales o globales, las cuales reducen el número de sus trabajadores, depredan y contaminan la naturaleza y expor-

² Según el Informe de la Cepal para 2002, el desempleo llegó al más alto nivel de toda la historia económica de la región: 9,1%. Y los pagos de intereses de la deuda externa, 39.000 millones de dólares, el 2,4% del PIB regional, superaron por quinto año consecutivo las cifras de crédito obtenidos por la región.

tan todas sus ganancias, ya que en la mayoría de los países no pagan impuestos a los respectivos Estados, o sólo algunos y muy poco. Así, sus operaciones implican la desintegración de los circuitos internos de acumulación y la articulación sectorial de la estructura productiva a la cadena mundial de transferencia de valor y de plusvalor. En rigor, eso implica la conversión de los centros productivos en una suerte de factorías coloniales. La vieja categoría de “enclave colonial” recobra todo su perverso sentido. El control del capital financiero está en manos de la burguesía global, salvo, quizá, en un país. Y la especulación financiera, inclusive ilegal, es protegida por el Estado, como ha ocurrido, sucesivamente, en México, Venezuela, Ecuador, Perú y Argentina.

4. La expansión de la resistencia popular y la deslegitimación del neoliberalismo. Aquellas políticas fueron impuestas en estos países con poca o a veces ninguna resistencia y han logrado operar, también con poca resistencia, por más de dos décadas consecutivas. Pero, desde el fin de la década pasada, sobre todo, aunque el “Caracazo” de 1989 debe ser considerado el punto de partida de esta tendencia, las víctimas de esas políticas han comenzado a movilizarse y a organizarse de muchos modos para protestar contra tales procesos y para resistir su continuación y profundización. En algunos casos, esas protestas y movilizaciones han producido auténticos estallidos sociales y han producido la crisis y la remoción de varios gobiernos, han llegado a gravitar en la elección de gobiernos con discursos antineoliberales, como en Venezuela, Argentina, Brasil. O, como en Cochabamba, Bolivia, han logrado impedir la imposición del control sobre el agua por parte de una corporación estadounidense con el peso de la californiana Bechtel, cuyos directivos tienen gravitación en el Estado norteamericano. O, como en el Perú, han bloqueado el remate de los servicios públicos de una ciudad y un año después han obligado al aumento de salarios del magisterio público, congelados por más de una década.

5. La acentuación de la inestabilidad política, pero aun con el voto como mecanismo de alternancia de gobiernos. El estancamiento económico, la revuelta social y la inestabilidad política de América Latina se enmarcan en un período de recesión mundial, de reducción del comercio internacional y de retracción de inversiones, inclusive parcialmente de la propia especulación financiera. Parece, en consecuencia, que se insinuara un horizonte de crisis político-social más turbulento y quizás explosivo. No obstante, es también por primera vez que todos los gobiernos, sin excepción, han sido elegidos mediante el voto universal. Inclusive los sucesivos recambios de gobierno han sido hechos, de algún modo, por cauces legales e institucionales. Así, por primera vez a escala regional la continuada inestabilidad política y la agitación social creciente no son enfrentadas inmediatamente por sangrientos golpes militares y regímenes autoritarios y represivos. Y las reivindicaciones y los discursos de la revuelta social que sigue al agotamiento del neoliberalismo, aunque podrían implicar un período de abiertas disputas por el control del poder, no parecen anunciar, no todavía en todo caso, una inminente puesta en cuestión del pa-

trón mismo de poder, como ocurría entre el fin de la Segunda Guerra Mundial y mediados de los años 70 del siglo pasado.

6. Un proceso de nueva subjetivación social o constitución de nuevos sujetos sociales. En efecto, se han ido formando nuevos sujetos sociales, con reivindicaciones, discurso y formas de organización y de movilización nuevos y han hecho ya su ingreso en la escena política como actores decisivos en algunos países. Se trata, en primer término, del llamado movimiento de los indígenas que, aunque de dimensión continental, actuando desde Alaska hasta Tierra del Fuego, en América Latina tiene sus más importantes sedes nacionales en Ecuador, México y Bolivia, además de sedes locales y regionales importantes en toda la cuenca amazónica. Tal movimiento podría converger más adelante con un incipiente proceso de movilización y de organización de los que se llaman afro-latinoamericanos en varios países, en particular en Brasil, Colombia, Ecuador. En el caso de los indígenas, aunque todavía motejados de movimientos “étnicos”, se dirigen a la redefinición de la cuestión nacional de los actuales Estados y a la autonomía territorial de las nacionalidades dominadas. Ya han comenzado a cambiar la geografía política de América Latina y en Ecuador y Bolivia ya son, de hecho, los actores políticos más importantes. En el primero de estos países los líderes de la Confederación Nacional de Indígenas del Ecuador (Conaie) llegaron incluso a ocupar el sillón presidencial, efímeramente es cierto, junto con el entonces coronel Lucio Gutiérrez, después elegido presidente del Ecuador, precisamente con el apoyo del movimiento de los indígenas. Y, notablemente, el proceso de reidentificación social y nacional de esas poblaciones conlleva la reorganización comunal de sus pueblos, de sus instituciones, de sus formas de organización del trabajo y de la producción (Macas, 2000; Burbano, 2000)³.

Una parte importante del movimiento de los indígenas latinoamericanos corresponde al campesinado. Eso quiere decir que una parte del campesinado latinoamericano asocia hoy sus problemas de control de la tierra para sembrar y para habitar con su situación nacional dentro del Estado. Pero la mayoría del campesinado de esta región no ha vuelto a producir los grandes movimientos que trajeron cambios profundos en la estructura de tenencia de la tierra y en la estructura de poder rural, entre 1950 y 1970. Sin embargo, en el caso brasileño, donde la derrota de esos movimientos fue total con el golpe militar de 1964 y donde, por lo tanto, los cambios fueron tan profunda y largamente regresivos, por el aumento del latifundio y la violencia de los terratenientes capitalistas, se ha desarrollado lo que posiblemente es el más grande movimiento organizado de los trabajadores del campo en todo el mundo: el Movimiento de

³ Luis Macas fue el más importante líder en la fundación de la Conaie, fundó después la Universidad Indígena Intercultural y fue nombrado ministro de Asuntos Campesinos en el gobierno de Gutiérrez (sobre los sucesos que llevaron al efímero acceso de los indígenas y del entonces coronel Gutiérrez al sillón presidencial del Ecuador, originando la caída del presidente Mahuad y su reemplazo por el vicepresidente Gustavo Noboa).

los Sin Tierra (MST), que organiza y comanda cientos de miles de personas, organizadas en comunidades, cooperativas, poblaciones, invade y ocupa tierras, enfrenta la creciente violencia armada de los terratenientes. Consiguió que el gobierno de Fernando Henrique Cardoso adjudicara tierras a más de 300.000 familias y hoy presiona sobre el gobierno de Lula para una pronta reforma agraria. El MST no es un movimiento interesado solamente en la redistribución de la tierra agraria, sino que se orienta a la formación de nuevas formas de organización de producción y de gobierno. Es, en ese sentido, uno de los más importantes modos del proceso de nueva subjetivación social que atraviesa América Latina (De Sousa, 2002).

7. Creciente ocupación militar del territorio latinoamericano por las fuerzas armadas de Estados Unidos. Sin duda por todo aquello, se ha desatado una nueva preocupación para los que tienen posición hegemónica en el control del poder en América Latina. Con la complicidad activa o pasiva de los gobiernos latinoamericanos, Estados Unidos está instalando desde fines de los 80, y más rápidamente ahora, bases militares y sedes y redes de servicios, de transporte y de aprovisionamientos bélicos (que son conocidas como Locaciones de Operaciones de Avanzada [FOL] y Sitios de Operaciones de Avanzada [FOS]) en virtualmente toda la región, aunque más concentradamente en el área andino-amazónica. Bajo el Comando Sur, con sede en Florida y sub-sedes en Puerto Rico, México y Centroamérica, no solamente se ha reintensificado el entrenamiento militar de las fuerzas armadas latinoamericanas, sino que se está desplegando una amplia red de bases y de FOL y FOS en Centro y Suramérica. A sus anteriores bases en Puerto Rico y en Guantánamo, en Panamá, Honduras y El Salvador, y a sus FOL en Costa Rica, Belice, Islas Caimán, Aruba-Curaçao, se añaden ahora la base de Manta, en Ecuador, las de Caquetá, Leticia y Putumayo, en Colombia, los FOL y FOS en Iquitos, Perú, en Chapare y la “unidad antiterrorista” en Santa Cruz, Bolivia; las de Salta, Chubuy, Río Negro, en Argentina. En este último país, antes del fin del gobierno de De la Rúa, se habría acordado una sede de investigaciones nucleares para fines científicos en la Patagonia (Arancibia, 2003)⁴; están aún en curso las negociaciones sobre la base de Alcántara en Brasil (Delgado Ramos, 2003; Mendonça, 2003)⁵. Con Perú, en marzo de 2002, se negoció un acuerdo por el cual el Estado peruano otorgaba a las fuerzas armadas de EEUU el derecho de libre tránsito por el territorio peruano, de transporte de toda clase de

⁴ De hecho Patagonia parece haberse convertido en un serio problema de soberanía en Argentina. En marzo de 2002, una encuesta dirigida por Jorge Giacobe preguntó a los pobladores de la Patagonia argentina si estarían de acuerdo en entregar la Patagonia para cancelar la deuda externa del país. Esa encuesta fue usada por el economista Rudiger Dornbusch, entonces profesor del MIT, recientemente fallecido, en relación con su propuesta de entregar Argentina a la administración de un comité internacional. Y *Liberation*, de París, publicó el 5 de marzo de 2003 la lista principal de nuevos dueños y de compradores extranjeros de extensas áreas de la región.

⁵ El Comando Sur de las fuerzas armadas de EEUU cubre 32 países, 19 en Centro y Suramérica, 12 en el Caribe. Véase mapa en <http://www.southcom.mil/pa/idxfacts.htm>.

equipos militares, incluyendo aviones, barcos, tanques, sin injerencia alguna del Estado peruano, y protegidos de toda actividad de la población local (Quijano, 1993 y 2002). El famoso Plan Colombia es, obviamente, uno de los nombres de todo aquel despliegue militar en América del Sur, uno de sus más públicos operativos en el proceso de organizar el control militar de la región. ¿Por qué y para que?

La lucha contra el tráfico de drogas, especialmente de la cocaína, cultivada y negociada en todos los países llamados andinos, fue el más socorrido argumento inicial. Posteriormente fue presentada como una reacción contra la extensión de la subversión, de Sendero Luminoso en el Perú de los 80 y de las FARC y los otros grupos en Colombia⁶. Y después del infausto 11 de septiembre del 2001, proclamada la *guerra infinita* contra el terrorismo, el Estado hegemónico del Bloque Imperial cubre con el mismo membrete de “terroristas” no sólo a dichas organizaciones subversivas (Sendero Luminoso o las guerrillas colombianas de las FARC o el ELN) sino a todos los movimientos de protesta social, muy en especial a los movimientos de indígenas, como el Movimiento al Socialismo (MAS), de Bolivia, y la Confederación Nacional de Indígenas Ecuatorianos (Conaie), de Ecuador.

Esa expansión del aparato militar de control de América Latina implica, de todos modos, el reconocimiento de que América Latina –la región más rica del mundo en materias primas minerales y vegetales, agua y biodiversidad, y donde por lo tanto el capital global y su Estado hegemónico tienen definidos intereses de control y que en el futuro próximo podrían llegar a ser aún más decisivos que el control del petróleo en el Medio Oriente– es también ahora política y socialmente una de las regiones más convulsas. Por eso, sólo un exceso de ingenuidad haría admitir que el despliegue de instalaciones militares, el entrenamiento y equipamiento de las fuerzas armadas locales en Centro y Suramérica están destinados solamente a ayudar a estos países a luchar contra el tráfico de drogas y contra el terrorismo. En verdad, es la integridad territorial, la independencia jurisdiccional o soberanía y la independencia política de los países latinoamericanos las que están en cuestión⁷.

⁶ Curiosamente, sin embargo, en el caso del Perú, bajo el gobierno de Fujimori desde 1990, un probado agente de la CIA, el ex capitán Vladimiro Montesinos, cumplió, probadamente ahora, sabidamente siempre, un papel central en el curso autoritario y corrupto del régimen, pero asimismo en la organización y control del tráfico de droga y de armas en la cuenca amazónica.

⁷ Debe recordarse, a este propósito, que la primera gran reacción antiimperialista de América Latina en la segunda mitad del siglo XIX emergió precisamente frente a la conquista de la mitad norte de México. La expansión territorial de EEUU aparecía entonces como una amenaza a la soberanía de la región. Y se acentuó con la conquista de Cuba, Puerto Rico, Filipinas y Guam, tras la derrota del moribundo imperio colonial español en 1898. Ahora estamos en una circunstancia dramatizada por la ocupación colonial de Irak y las amenazas contra los demás países del Medio Oriente, realizada con el pretexto de la lucha contra el terrorismo y con deliberada y probada falsificación de los

8. Un horizonte de conflictos de poder. Si no se pierde de vista todo lo anterior, es pertinente admitir un nuevo sentido a la versión latinoamericana de un proceso mundial. Ha ido creciendo en la región la parte de la población mundial colocada en las trampas creadas por el capitalismo actual. En primer término, sin el mercado nadie puede hoy vivir. Pero con sólo el mercado una creciente mayoría de la población no puede vivir. En segundo término, sin el Estado nadie puede vivir. Pero con el Estado una creciente mayoría de esa misma población ya no puede vivir. La población atrapada en esas trampas específicas de la fase actual del capitalismo, de un lado, se ve forzada sea a aceptar cualquier forma de explotación para sobrevivir, sea a organizar otras formas de trabajo, de distribución de trabajo y de productos, que no pasan por el mercado aunque no pueden, aún, disociarse totalmente de él. En un lado, por eso, se reexpanden la esclavitud⁸, la servidumbre personal, la pequeña producción mercantil independiente, la cual es el corazón de la llamada “economía informal”. En el otro lado, al mismo tiempo, se extienden formas de reciprocidad, es decir, de intercambio de fuerza de trabajo y de productos sin pasar por el mercado, aunque con una relación inevitable, pero ambigua y tangencial, con él. Y también nuevas formas de autoridad política, de carácter comunal, que operan con y sin el Estado, y cada vez más, si no siempre, contra él (Quijano, 1998).

Así, la creciente masa de desempleados, en especial de los sectores industriales, urbanos y modernizados de la región, ha comenzado a orientarse más allá del reclamo de empleo, salarios y servicios públicos, organizándose en redes de producción autogestionaria y de autogobierno de tipo comunal. Por ejemplo, la reciente crisis argentina puso en relieve mundial el movimiento de los “piqueteros”, que ya estaba en acción desde unos pocos años antes, asediado y reprimido por el Estado. Este es un movimiento de trabajadores desempleados, sobre todo urbanos, que no solamente protesta por su situación y reclama empleo y salarios, sino que va hacia la organización de núcleos de producción orientados por la reciprocidad, hacia la ocupación y la gestión colectiva de tierras y de fábricas abandonadas. Pasó al primer plano al estallar la crisis de la segunda mitad de 2001 en adelante, porque convergió con la entrada de las capas medias profesionales y tecnocráticas a la revuelta contra el gobierno y contra el neoliberalismo, con la formación de las asambleas de barrio, con la ampliación del trueque a escala nacional (Auyero, 2001; López,

hechos respecto de Irak. Es inevitable, en consecuencia, la inquietud latinoamericana por su independencia territorial y política cuando EEUU declara “terroristas” a todos los movimientos de protesta social y política de la región, incluyendo a los movimientos indígenas, y al mismo tiempo acelera y expande la instalación de sus bases militares en todo el territorio latinoamericano.

⁸ Lula ha decretado hace muy poco la prohibición y persecución del trabajo esclavo en el Brasil, especialmente en la Amazonía. Alabado sea. El problema es saber cómo hará para que sus propósitos tengan efectivo cumplimiento.

1998)⁹. En países como Argentina es un fenómeno relativamente nuevo, pero tiene raigambre e historia prolongadas en países como Perú, Ecuador o México¹⁰.

Esos procesos de nueva subjetivación social son producidos en América Latina, como en el resto del mundo, por la aceleración y la profundización de las tendencias centrales del capitalismo, en particular la continuada y creciente polarización social. Y no obstante su heterogeneidad, como acaba de ocurrir en Argentina con la inesperada convergencia de las capas medias urbanas, no mucho tiempo antes conformistas e incluso reaccionarias, con los trabajadores desempleados urbanos y rurales organizados como “piqueteros”, o está ocurriendo en Venezuela con la convergencia entre trabajadores urbanos y rurales desempleados y pobladores de aldeas y comunidades, podrían estar abriéndose condiciones para que la masa de desempleados urbanos y rurales, los que luchan por la tierra como en el MST, los trabajadores “informales” de muy bajos ingresos, y los “indígenas” de todos estos países fueran empujados a una lucha común contra el común enemigo: el capitalismo.

Así, tres décadas de neoliberalismo en América Latina han creado las condiciones, las necesidades y los sujetos sociales de un horizonte de conflictos sociales y políticos que podrían no agotarse solamente en la protesta y la oposición a la continuación del neoliberalismo, o sólo en la disputa por la distribución de ingresos y de recursos de supervivencia. En términos de supervivencia, la propia de América Latina ya está en riesgo. Y los nuevos sujetos sociales que emergen no solamente están ya en la escena del conflicto, sino que tienen todas las condiciones de crecer precisamente por las propias determinaciones de la crisis. Todo eso implica ya, o podría implicar, que el propio patrón de poder actual podría llegar a ser, finalmente, el foco mismo del conflicto.

Las principales vertientes del debate

Frente a ese panorama, América Latina está siendo empujada de nuevo, después de varias décadas, a un debate en el cual están planteados no ya solamente los problemas inmediatos, graves como son, de pobreza, desempleo, inestabilidad social y política, sino sus opciones históricas. Tres son, a mi juicio, las principales vertientes de opinión y de propuestas en este debate.

La que aparentemente más se extiende es, nada menos, la que había sido antes derrotada sin atenuantes —y eso es sin duda muy expresivo de las características de la crisis— la propuesta de un capitalismo nacional. Según los casos, volver a él (Argentina, sobre todo), organizarlo (por ejemplo, Venezue-

⁹ En el *Observatorio Social de América Latina*, de Clacso, se publica información sistemática sobre las protestas sociales de cada país latinoamericano, desde 2000.

¹⁰ Ver Aníbal Quijano, ob. cit.

la) o defender lo que ha sido mantenido (la excepcionalidad de Brasil). Los gobiernos de Chávez en Venezuela, de Lula en Brasil, de Kirchner en Argentina, con todas sus diferencias, son por ahora sus más claros representantes¹¹. En la misma tendencia general podría ubicarse al Frente Amplio en Uruguay, al MAS en Bolivia, así como al PRD y quizás ahora inclusive al PRI en México, todos ellos con gravitación importante en la escena política de sus respectivos países.

La segunda vertiente, que se bate a la defensiva en el debate y en algunos países quizá incluso a la retirada, aunque no ha cedido nada en la práctica, defiende la plena legitimidad y la necesidad de la continuación del neoliberalismo y acusa, precisamente, al descontento y a la revuelta de los trabajadores y de las capas medias por las dificultades económicas actuales, porque, según ese razonamiento, de una parte ahuyentan la inversión y en consecuencia el empleo y el desarrollo, y, de la otra, generan problemas de *governabilidad democrática*. Esas fuerzas políticas están representadas en los gobiernos de Bolivia, Ecuador, México, Perú, Uruguay, en los de Centroamérica, y más ambiguamente en el de Chile. En el caso peruano sería una exageración decir que hay debate sobre tales cuestiones, ante todo porque los *mass media* están todos, sin excepción, bajo el control del neoliberalismo, pero no mucho menos porque todas las organizaciones políticas con influencia y con audiencia masivas defienden, con matices de importancia tangencial, la misma orientación. Es verdad que hay, desde hace dos años, una intermitente revuelta de los sectores populares contra el neoliberalismo, pero éstos, hasta ahora, se movilizan contra efectos puntuales de esa política y, en todo caso, no tienen, o no aún, organización, ni dirección políticas propias.

¹¹ El discurso del presidente Kirchner ante la Asamblea Legislativa (25 de mayo de 2003) de su país podría ser considerado como la más explícita y coherente presentación de la propuesta de restablecer el capitalismo nacional: “En nuestro proyecto ubicamos en un lugar central la idea de reconstruir un capitalismo nacional que genere las alternativas que permitan reinstalar la movilidad social ascendente”. Más adelante agregó: “Como se comprenderá el Estado cobra en eso un papel principal, es que la presencia o ausencia del Estado constituye toda una actitud política”. Y “sabemos que el mercado organiza económicamente pero no articula socialmente, debemos hacer que el Estado ponga igualdad allí donde el mercado excluye y abandona”. Texto completo del discurso en <http://www.argenpress.info>, 27-5-2003. Durante los primeros cincuenta días de su gobierno, Kirchner ha dado importantes pasos hacia la reinstitucionalización del Estado, en el trato con los capitales especulativos de corto plazo, en la lucha contra la impunidad en el área de los derechos humanos y de la corrupción de los funcionarios públicos. Todos esos pasos se dirigen, ante todo, a la reorganización de la hegemonía burguesa en la sociedad, puesta en crisis desde los estallidos de fines de 2001. Pero aún no indican cómo sería reconstituido un capitalismo nacional desmantelado por más de treinta años, en el marco de un capitalismo mundial cuyo control económico y político han alcanzado su mayor concentración mundial en 500 años. Es ilustrativo contrastar los discursos de Chávez y su Constitución Bolivariana, los de Lula (por ejemplo, el artículo que acaba de publicar en Londres, traducido en *El Mundo*, en Madrid, y en *Perú 21*, 20-7-2003) y los de Kirchner.

En tercer nivel, reaparece, por el momento muy minoritariamente es verdad, una vertiente que estaba ausente del debate público desde las grandes derrotas de los años 70 del siglo xx. Comenzó a cobrar relieve desde el Foro Social Mundial de Porto Alegre en 2001, y ganó visibilidad y audiencia públicas sobre todo en el curso de la explosión social desde fines de ese mismo año en Argentina. Pequeñas agrupaciones y discursos procedentes del período anterior, que prolongan el debate entre las tendencias del llamado *socialismo científico*, han vuelto a ganar alguna audiencia en el debate público. Pero también está en curso de constitución una nueva corriente, producida en la crisis actual y que, probablemente, tiende a crecer más que la anterior. Aunque su discurso no es aún sistemático, ni sus propuestas explícitas, se dirige no sólo contra la variante neoliberal del capitalismo, sino contra el poder capitalista como tal. Los *colectivos* que se forman en diversos países, con diversos nombres y opciones, agrupando especialmente a los jóvenes, principalmente estudiantes e intelectuales, pero también trabajadores, son la expresión de las primeras formas y etapas del debate, de la organización y de la actuación de esta vertiente. Probablemente el sello común a su heterogéneo universo es la desconfianza en la experiencia y en las propuestas del *socialismo realmente existente*, su virtual ruptura con la experiencia estaliniana y el estatismo de tales *socialistas*. Por eso comienzan a ser percibidos por muchos de sus críticos, y aun por sus propios actores, como una prolongación de un indeterminado y aún no discutido *anarquismo*.

En las tres ediciones del Foro Social Mundial de Porto Alegre, la primera vertiente emergió como la más presente, aunque la última tuvo también una significativa presencia en la juventud asistente a dicho Foro (Quijano, 2002c). Por todo lo cual, bien se puede señalar que el desencanto de las capas medias con el neoliberalismo, de algunos débiles sectores burgueses con el estancamiento de la economía, y la revuelta de los trabajadores, en especial de los jóvenes, ya no solamente contra el desempleo y la pobreza, sino contra el orden social y político, han colocado el debate en la América Latina en el umbral de un nuevo período.

De todos modos, en el debate inmediato las vertientes ampliamente dominantes son las que defienden el patrón de poder imperante. Ambas requieren contar, en definitiva, con un giro muy pronunciado de las actuales condiciones y tendencias del capitalismo mundial. Porque, en efecto, para que el panorama actual de América Latina pudiera ser realmente cambiado y mejorado sin alterar el patrón mismo de poder que lo ha producido, dicho giro sería en verdad indispensable. Ante todo, una masa de inversión realmente muy considerable por lo menos en los países más grandes social y políticamente y más peligrosos para el poder actual, la generación de empleo masivo, la distribución también masiva de ingresos suficientes para comprar productos y servicios en el mercado, o la reorganización de la producción y administración estatal de los servicios básicos.

Esas son, precisamente, las promesas de los controladores del capitalismo, no alteradas a pesar de la magnitud y de la profundidad de la crisis de la economía latinoamericana. Asimismo, los que propugnan un nuevo capitalismo nacional seguramente esperan equivalentes condiciones. Pero, además, piensan que cuentan con la existencia de fuerzas sociales y políticas locales con la capacidad y la posibilidad de imponer, de nuevo, como en cortos períodos del pasado, la dirección del Estado local sobre el capitalismo y sobre la sociedad. De hecho, en los más importantes casos, Argentina, Brasil, México y Venezuela, los agentes políticos, no obstante todas sus diferencias, apuestan sin duda por el retorno de un capitalismo dotado de todos los recursos de desarrollo y en consecuencia capaz de permitir la amortiguación y la negociación institucionalizada del conflicto social, bajo el control del Estado, de modo que se pueda combinar, eficazmente, la primacía de intereses y agentes nacionales sin desmedro de su lugar en la estructura globalizada del capitalismo. Esas expectativas de combinar exitosamente el desarrollo capitalista nacional con la “globalización” son, sin duda, las que dan sentido a la reunión de Lula, Kirchner y Lagos con, nada menos que Blair y compañía, reinventores de una “tercera vía” *ad usum dei fine* del neoliberalismo tatcherista.

Las condiciones y las tendencias mayores del patrón capitalista de poder mundial, de un lado, y sus expresiones específicas y particulares hoy en nuestra región, del otro, difícilmente permitirían predecir semejante giro. Con todo, es necesario indagar en las bases sociales y políticas realmente existentes de tal imaginario, sea de la *tercera vía* del desarrollo capitalista nacional, sea de la *governabilidad* sin muchos sobresaltos del mismo capitalismo actual, en la América Latina que emerge de un más bien prolongado período de neoliberalización.

La sociedad neoliberalizada en América Latina

Aquí no podemos ir muy lejos, ni muy hondo, en esta indagación. Para lo que interesa o importa aquí, es mejor restringirla a unas pocas cuestiones centrales referidas al control del capitalismo, a las relaciones entre capital y trabajo y a las relaciones de esos sectores de interés social en el Estado.

Burguesía y control del capital

Para partir, hay consenso en el debate acerca de una reprimarización y terciarización de la estructura productiva de América Latina, con la parcial excepcionalidad de Brasil, como resultados del proceso iniciado desde fines de los 70. Eso implica, en primer término, que en estos países son extremadamente débiles o inexistentes, en todo caso en serio, de un lado la burguesía industrial y del otro la antes llamada “clase obrera industrial”. Y que las capas medias, tecnocráticas y profesionales, que se constituyeron en asociación con la urbanización y la industrialización de la sociedad, han perdido espacio social y tienden a reducirse, desintegrarse o migrar hacia otros espacios sociales y, en consecuencia, mutar su carácter y sus papeles sociales.

Como es sabido, la producción industrial latinoamericana, ya al entrar en los años 80 del siglo XX, estaba concentrada sobre todo en tres países: Brasil, México y Argentina, en ese orden de importancia, hacían 77,9% del total latinoamericano. Mientras los dos primeros habían doblado su producción industrial en la década previa, en Argentina esa producción se reducía rápidamente, hasta ser virtualmente desmantelada en la década siguiente. Entretanto, Chile, Colombia, Perú y Venezuela aportaban juntos 16% del total regional (Lipschitz, 1980; Islas, 1983). La fuerte caída de esa producción desde comienzos de los 80 aceleró en los últimos años la desindustrialización y reforzó la reprimarización y la terciarización de todos los países, de nuevo con la excepción de Brasil.

¿Por qué esa reconversión de la estructura productiva regional? El proceso de reorganización del capitalismo mundial, bajo control de los países del *centro*, durante la crisis mundial originada a mediados de los 70 del siglo pasado, implicó un proceso masivo y mundial de desempleo, de flexibilización y precarización del empleo asalariado, como consecuencia los mercados internos de los países en curso de industrialización no consolidada, como los de América Latina, colapsaron. Eso arrastró a las burguesías latinoamericanas a emprender exactamente el rumbo opuesto al que iniciaron durante la crisis de los 30 y que caminaron más desde el fin de la Segunda Guerra Mundial hasta la crisis de los 70: la producción para el mercado interno fue abandonada a favor de una política de producción para la exportación. Y en esa nueva dirección, por razones obvias, no era la industria la que podría crecer, sino la producción llamada primaria y los servicios. Y, paralelamente, la importación de productos industriales para uso y consumo de la burguesía, de sus capas medias asociadas, la “informalización” de la industria destinada a los pobres, y, también para ese mismo mercado, la posterior inundación de mercadería industrial de bajo precio y de baja calidad, desde Corea del Sur, Taiwán y otros países del Asia.

Entre 1970 y 1980 el llamado sector externo como componente del PIB regional pasó de 20% a 50%. En trece de los países saltó hasta 70% y solamente en seis países más pobres se mantuvo por debajo de 50%. Pero no solamente los países donde cayó el mercado interno optaron por privilegiar el sector externo de su economía contra el mercado interno. Si se toma el caso venezolano, con un mercado interno aún muy fuerte gracias al petróleo, se constata que el sector externo había llegado a 108%. Ergo, la exportación de petróleo permitía también la reducción acelerada de la producción industrial local para el mercado interno.

Ese proceso de reconversión de la estructura productiva de América Latina, conllevó, como es obvio, el cambio de su lugar en la cadena mundial de producción y de transferencia de valor y de plusvalor, pero igualmente el cambio del lugar y del papel de las burguesías de la región respecto de las del “centro”. La precaria y relativa autonomía que estaba en proceso de constitución, sobre la base de la producción industrial, del proceso de articulación de circuitos regionales o locales de acumulación y de transferencia de valor, y del be-

neficio fundado ante todo en el mercado interno, terminó abruptamente y cedió ante la más completa subordinación bajo las burguesías “centrales”.

Dentro de los grupos burgueses latinoamericanos, aparte de Brasil, sólo pudieron sostenerse y enriquecerse aquellos que pudieron asociarse con la producción primaria para la exportación, con la importación de mercaderías industriales, con el capital financiero y con los servicios. Como en la producción primaria, el control de los recursos decisivos ya estaba bajo el control de la burguesía internacional, así como el capital financiero y los servicios asociados, en rigor la burguesía local superviviente emergió no solamente más subordinada que nunca antes, sino sobre todo socialmente mutada en una nueva versión de burguesía compradora, empujada a la especulación comercial y financiera, y de ese modo directamente subordinada a la burguesía financiera globalizada desde comienzos de los años 70 del siglo xx.

Paralelamente, el control del capital, en cada uno de los sectores productivos, primarios, secundarios y terciarios, se desplazó largamente a la burguesía internacional o global. Esta es ahora dueña, sobre todo, del control del capital financiero, del que opera en los servicios básicos y del que opera en la producción primaria, salvo en el petróleo de Venezuela, de donde acaba de ser desalojado, y en el cobre de Chile. El control del capital en América Latina es, predominantemente, internacional o global. Las burguesías locales no son solamente subordinadas en las transacciones financieras y comerciales, sino que, ante todo, tienen un lugar secundario en el control del capital en la región.

De ese modo, agotada la crisis del Estado oligárquico, el iniciado proceso de hegemonía de los sectores industrial-urbanos dentro de la burguesía y en el Estado, no sólo no pudo ser consolidado, sino que al final de los 80 cedió el lugar a la hegemonía de los sectores “compradores”, especuladores y de servicios y el control del capital fue cedido a la burguesía internacional o global. Dada esa situación estructural de los grupos dominantes, la vieja distancia entre identidad nacional e interés social, rasgo central de las relaciones de colonialidad y de dependencia, ha terminado en un auténtico divorcio.

El mundo de los trabajadores

Los efectos de esos procesos sobre los trabajadores han sido espeluznantes. Lanzados en su vasta mayoría al desempleo, a la precarización y a la flexibilización de las condiciones de empleo, la reducción o el desmantelamiento de la producción industrial produjo la dispersión y la fragmentación social de los trabajadores, el debilitamiento de sus instituciones gremiales, la crisis de su identidad social. Sobre esas bases se impuso el desmantelamiento de las leyes, instituciones y mecanismos administrativos que permitían a los trabajadores negociar las condiciones, las modalidades y los límites de la explotación. Las conquistas sociales mínimas, como la jornada de ocho horas de trabajo, han quedado virtualmente anuladas en muchos países, o han sido se-

riamente erosionadas en todos los demás. En todos, fueron empujados y arrinconados en una situación de empobrecimiento creciente. La tasa de desempleo (cerca de 10% de los trabajadores urbanos) y la proporción de pobres son los más altos de la historia de América Latina (más de la mitad vive con menos de un dólar diario y más de 20% con menos de medio dólar). Los salarios no han dejado de bajar en términos relativos y las distancias salariales entre los niveles más altos y los más bajos son en promedio de 70 a 1, y mayor en algunos países¹². En fin, los trabajadores latinoamericanos, en su vasta mayoría, están sometidos a un sistema de sobreexplotación.

No puede ser sorprendente, dadas esas condiciones, que se expanda el trabajo forzado y el tráfico de esclavos, sobre todo de adolescentes y jóvenes, que son llevados a trabajar en la selva amazónica. Que crezca la servidumbre personal, sobre todo entre las mujeres migrantes entre los países de la región (por ejemplo entre Perú y Chile, antes Argentina) o entre América Latina e Italia o España. Que haya cientos de miles de niños trabajando en trabajos pesados, con salarios extremadamente bajos o en condiciones de esclavitud.

La violencia de esos procesos ha producido problemas excepcionalmente graves en la vida social de los trabajadores y de sus familias. Las tensiones psicosociales, la depresión, la neurosis de angustia, la violencia intrafamiliar, la desintegración de las familias, el trabajo y la mendicidad infantiles, son documentados en varios países y el impacto de esos problemas es muchas veces más profundo en las poblaciones discriminadas por criterios de "raza" o de "etnia", como en Brasil y los países llamados andinos (Pimentel, 2001; Centro Comunitario de Salud Mental, 1999).

En fin, lo que importa para nuestros propósitos de indagación sobre la estructura de la sociedad latinoamericana hoy es señalar que las relaciones entre capitalismo y trabajo son ahora, no sólo en América Latina, mucho más complejas que poco antes, que el mundo del trabajo es mucho más heterogéneo y además disperso y fragmentado. La crisis de identidad social que todo eso conlleva ha empujado a muchos a un proceso de reidentificación en términos no vinculados a la relación entre capital y trabajo, sino en otros muy distintos, entre los cuales los criterios de "pobreza", de "etnicidad", de oficios y de actividades "informales" y de comunidades primarias son, probablemente, los más frecuentes (Quijano, 2003).

¹² Por ejemplo entre el salario de un profesor del sistema de educación pública peruana, que ganaba 173 dólares mensuales hasta el mes de junio de 2003 en que una larga huelga nacional les permitió imponer un aumento de 28,98 dólares, y el del Presidente de la República que gana 19.000 dólares mensuales (que frente a la protesta masiva ha ofrecido reducir a US\$ 12.000) y además tiene todos los gastos personales y domésticos pagados por el Estado.

Se puede identificar a la burguesía “compradora” y especuladora, adversaria del mercado interno, como hegemónica social y políticamente entre los dominantes locales, asociada y subordinada a los intereses de la burguesía central o global. Pero es difícil, en cambio, identificar un sector como el hegemónico en el heterogéneo, disperso, fragmentado y cambiante universo de trabajadores. La creciente mayoría de ellos está caracterizada por la actividad “informal” y por la multiinserción en el mundo del empleo, esto es insertado de manera precaria y muy diversa y en diversas actividades. Y sólo una minoría muy reducida está agrupada en instituciones sociales de tipo gremial o político, a diferencia de tres o aun de dos décadas atrás.

La secuencia neoliberalizadora

Sobre esos procesos y con esas condiciones se llevó a cabo, como es posible percibir ahora, la secuencia del proceso de neoliberalización del capitalismo impuesta por las burguesías “centrales” y sus respectivos Estados e instituciones, en toda la región, desde los años 70 del siglo pasado hasta la actualidad:

1. La imposición del negocio de la deuda externa que comienza con el reciclamiento de los petrodólares y la globalización del capital financiero.
2. La reprimarización y la terciarización de la estructura productiva, incluyendo el dominio del capital financiero.
3. El estancamiento productivo, el desempleo y la fragmentación de las agrupaciones sociales de trabajadores.
4. La inflación llevada a la hiperinflación en los países principales de América del Sur, ante todo para deslegitimar a los sectores sociales y políticos renuentes a entregar al capital global y al imperialismo global el control del capital y del Estado. Recuérdese los paralelos casos de Argentina, Brasil y Perú, principalmente.
5. El reajuste estructural para cortar la hiperinflación y pagar los servicios de la deuda externa y reprivatizar y globalizar el control del capital financiero y productivo y de la producción y distribución de servicios públicos.
6. La “reforma del Estado”, en realidad el desalojo de toda representación política y tecnocrática de las capas medias reformistas y de los trabajadores, para dar paso a la reprivatización del Estado.
7. Debido a esos mecanismos, la absorción transnacional de valor y del plusvalor ha llegado a ser virtualmente total en la mayor parte de la región.

La excepcionalidad brasileña

Aunque también dentro de la misma tendencia, Brasil constituye en este plano una notable excepción. Es el único país que ha mantenido una importante estructura de producción industrial, mientras todos los demás eran arrastrados a una desindustrialización. Es el único país que tiene, además, industria pesada, y de ese modo puede producir e incorporar tecnología avanzada, mientras ese tipo de industria ha sido desmantelado en todos los demás. Y aunque la presencia de empresas internacionales es muy importante, y en algunos rubros como la producción automotriz es decisiva, la mayoría de las empresas industriales son de propiedad de brasileños. Es el único país donde el capital financiero de propiedad de brasileños ocupa una posición interna dominante, cuando en todos los demás países el capital financiero es principalmente, y aun exclusivamente en muchos casos, como en el Perú, internacional. Es eso lo que explica la existencia de una fuerte burguesía brasileña, con intereses locales suficientemente importantes como para que su asociación con sus socios internacionales no corra a la subordinación con la misma rapidez y facilidad que en los otros países y, ostensiblemente, para que su peso en el Estado lleve a éste a negociar con fuerza las condiciones de esa asociación, como en el caso del ALCA, y que inclusive pueda apoyar a un Lula hasta el límite en que sus intereses sociales mayores no estén en riesgo. Eso mismo, sin embargo, es lo que da cuenta, de otro lado, de la extensión y la fuerza social, institucional y política del movimiento obrero brasileño. Lula es su demostración. Y, finalmente, del hecho de que no obstante sus crecientes dificultades, las capas medias profesionales y tecnocráticas de ese país no se hayan reducido, ni estén en riesgo inminente de desintegración, como en casi todos los demás.

Brasil es, sin embargo, también excepcional de otro muy distinto modo entre los países latinoamericanos. En primer lugar, es el último y hoy el único país latinoamericano donde *l'ancien regime* ha logrado no sólo mantenerse, modernizándose en términos de la tecnología y de sus hábitos de consumo. La fauna latifundista brasileña no sólo es la que más tierra controla en toda la región, sino que sigue empleando con los trabajadores los mismos exactos procedimientos del antiguo señorío terrateniente latinoamericano que fue terminando en todo el resto de la región a fines de los años 60 del siglo pasado: abusa, maltrata, tortura, mata a sus trabajadores. Esas prácticas sirven ahora para la explotación capitalista del trabajador, en sus múltiples formas asociadas de la actualidad, las del capital, las de la esclavitud, las de la servidumbre. Por eso, ha podido sostenerse y afianzarse como la barrera social y política principal a la democratización social y política del país, en especial respecto de la clasificación social "racial" de la población y de la brutal concentración de ingresos y de riqueza. Y ha logrado no perder lugar en toda coalición social y política de control del Estado. No hay sino que recordar que fue nada menos que el presidente Cardoso quien aceptó y mantuvo en su coalición política a los más poderosos y más reaccionarios grupos de dicha fauna. Y, políticamen-

te, pagó por ello. En segundo término, Brasil es hoy el país más polarizado socialmente no sólo de América Latina, sino de todo el mundo.

Lo que esa excepcionalidad implica, por todo eso, es que la expansión y el fortalecimiento del capitalismo en Brasil, especialmente durante la prolongada dictadura militar, fueron llevados a cabo a costa de la más brutal concentración del control de riquezas y de ingresos en manos de una reducida minoría, contra la abrumadora mayoría de la población. La derrota de los movimientos de democratización del poder con el golpe militar de 1964 permitió imponer una continuada escalada de polarización social. Primero por medio de la reconcentración de la propiedad agraria en manos del más feroz señorío rural capitalista de toda la región. Y, paralelamente, una creciente reconcentración de ingresos. Así, si en 1960 el 1% más rico de la población concentraba 11,9% de la renta nacional, en 1970 ya controlaba 14,7% y en 1980 16,9%. Pero si se toma el 5% más rico, en 1960 concentraba 23,8% de la renta nacional, mientras que en 1970 ya había llegado al control de 34,1% y en 1980 a 37,9% de dicha renta. En cambio, el 50% más pobre en 1960 recibía aún 17,4%, pero en 1970 bajó a 14,9% y en 1980 solamente ya 12,6% (Furtado, 1982). Esta escalada no se ha detenido desde entonces, y actualmente el 10% más rico de la población brasileña puede controlar 70 veces más de la renta nacional que el 10% más pobre (PNUD, 2003). En ese sentido, el proceso de reprivatización social del Estado comenzó, en América Latina, con el golpe militar de 1964 en Brasil.

Estas comprobaciones son extremadamente importantes, si se quiere, decisivas, respecto de un asunto crucial. De todas las burguesías latinoamericanas, la brasileña es la única que tiene *aparentemente* los atributos de una burguesía nacional, porque sus intereses están asentados y ramificados en la economía de ese país. Podría decirse también, en ese mismo sentido, que el Estado brasileño, que ha protegido ese desarrollo, incluso lo ha conducido en determinados momentos, desde Kubitschek hasta el final de la dictadura militar, también tiene en apariencia los atributos de un Estado nacional.

No obstante, la continua escalada de concentración creciente del control de los recursos, de la tierra en primer lugar, y de la distribución de ingresos hasta producir la más brutal polarización social del continente, a pesar de ser la más rica de las burguesías de la región, a pesar del crecimiento rápido de la renta nacional, a pesar de ser la brasileña la novena economía del mundo, presenta una evidencia definitiva: que esa burguesía y ese Estado son “nacionales” sólo en tanto y en cuanto lo menos democráticos posibles, específicamente sólo en tanto y en cuanto lo más coloniales posibles, puesto que se fundan en el dominio colonial de una abrumadora mayoría de la población, “negra”. La colonialidad del poder es la cara real de la “nacionalidad” de la burguesía y del Estado del Brasil (Quijano, 2000).

La cuestión del Estado

Como puede ser advertido en todo lo anterior, los procesos que han llevado a la América Latina a la situación actual han sido, en verdad, muy profundos. Han producido una genuina reconfiguración de la existencia social, de las relaciones sociales básicas, de los intereses sociales, de sus agentes, de sus instituciones, tanto en la dimensión material como en la intersubjetiva. En esa perspectiva, tienen el carácter de toda una contrarrevolución.

Es la expresión, en nuestra región, de los procesos de aceleración y de profundización global de las tendencias centrales del patrón de poder dominante, como consecuencia de la derrota mundial de los regímenes, organizaciones y movimientos sociales y políticos que rivalizaban o antagonizaban la hegemonía de los grupos capitalistas imperialistas “centrales” y de sus Estados. Tales procesos son: a) la radical reconcentración mundial del control sobre el trabajo, sus recursos y sus productos, en beneficio de los grupos capitalistas “centrales”, una parte cada vez más minoritaria de la especie; b) la polarización acelerada de la población mundial entre esa minoría y una mayoría creciente, mayoría despojada de acceso a lo que el trabajo mundial produce, inclusive, para una proporción cada vez mayor, el acceso a recursos de supervivencia; c) para imponer el desarrollo de tales tendencias, la reconcentración mundial del control de la autoridad, en este caso del Estado, lo que en países como los de América Latina implica una forma de reprivatización del Estado (Quijano, 2000a).

El agente central de ese proceso de neoliberalización de la economía latinoamericana y de la reconfiguración de la estructura de poder, de los intereses sociales, de sus agentes, de sus agrupaciones e instituciones, ha sido el Estado. Y eso indica que los grupos de interés social asociados a esos procesos y beneficiarios de ellos obtuvieron la fuerza política necesaria para llegar al control del Estado y las condiciones adecuadas para imponer sus políticas.

Es inevitable preguntarse ahora, en medio de la crisis latinoamericana y del debate y confrontación social y política que observamos, y a la vista de los intereses sociales y agentes de la estructura de poder producidos por el neoliberalismo, cuáles serán o podrán ser las opciones dotadas de las condiciones y de la fuerza capaces de conquistar el control efectivo del Estado y de llevar adelante cuáles tendencias o cuáles propuestas.

Es cierto que ya en varios países, y de los más importantes, el descrédito del neoliberalismo ha llevado al gobierno a los partidarios del capitalismo nacional. ¿Significa eso que por lo menos en esos países se han establecido las condiciones del desarrollo capitalista bajo el control de una burguesía y de un Estado nacionales? Difícilmente. No existe, salvo parcialmente en Brasil, una burguesía local con alguna fuerza propia. Pero ya acabamos de ver el fundamento de esa fuerza y de su conflicto insanable con todo desarrollo capitalista nacional continuado. Y aunque determinados gobiernos pudieran ser admiti-

dos como nacionalistas, eso no califica necesariamente a los respectivos Estados como nacionales, como es el caso de Venezuela y de Argentina.

Es cierto también, de otro lado, que aparte de los discursos, son aún inexistentes las acciones concretas que puedan enrumbar el curso histórico próximo hacia las metas prometidas. Y es cierto ya, en cambio, que donde el discurso comenzó a afilarse y parecieron comenzar las acciones, como en la de Venezuela de Chávez, los grupos de interés social asociados al neoliberalismo y al imperialismo no han tardado en organizarse y pasar a la ofensiva contra el régimen chavista, con el ostensible apoyo de EEUU y de los gobiernos latinoamericanos que son sus aliados, enrumbándose claramente en dirección de una contrarrevolución (Quijano, 2002). Esa es, en todo caso, una indicación de que, si en Brasil o en Argentina se comenzaran acciones concretas e importantes en dirección del capitalismo nacional, los grupos sociales con intereses contrarios no tardarían en organizar la resistencia, si es que no están ya preparándola.

Las condiciones y los rasgos de un capitalismo nacional no imperialista y sin embargo capaz de desarrollo no son desconocidas. Aunque por períodos más bien cortados y por lo tanto sin las condiciones de desarrollo continuado, inclusive América Latina no es ajena a esa experiencia. Aunque no sea eso el objeto de esta discusión, están en juego, entre otras, las siguientes condiciones básicas. Primero, el control nacional de los recursos y de los productos, esto es la propiedad nacional de los recursos de producción decisivos (o estratégicos, como se suele decir), y en la actualidad eso implica, ante todo, el capital financiero. Segundo, una estructura productiva capaz de proveer a las demandas del mercado interno, en primer lugar, y complementariamente también del externo, y de defender su independencia sin perjuicio de su inserción y de su asociación mundial. Tercero, la expansión y el control del mercado interno. Cuarto, el control de las transacciones internacionales del país.

Todas esas condiciones se ordenan en torno de un factor central: la distribución relativamente democrática del acceso a recursos de producción, del acceso a ingresos para usar y consumir lo que la sociedad produce, la provisión democrática de servicios públicos, la relativamente democrática distribución del acceso a las instancias de generación y de gestión de la autoridad pública, esto es, del Estado. Todo eso implica la ciudadanía universal de los habitantes del país. En otros términos, se trata de una sociedad razonablemente democrática, que se expresa democráticamente en el Estado. El moderno Estado-nación capitalista es la expresión de una sociedad capitalista donde la democracia posible de este patrón de poder ha podido ser conquistada¹³. En otros términos, la condición histórica del desarrollo capitalista nacional, en los períodos en que eso llegó a ser posible, fue y es la democracia bá-

¹³ Esto es, se trata de una negociación institucionalizada de las condiciones, de las modalidades y de los límites de la dominación y de la explotación.

sica de la sociedad y su expresión política en el Estado. Y ésta es, precisamente, la condición ausente hoy en América Latina.

La experiencia de capitalismo nacional no es del todo ajena a la historia latinoamericana. Pero, de un lado, ha sido siempre de corto alcance y de corta duración. Y, de otro lado, precisamente sólo cuando algunas fracciones de la burguesía tuvieron que aliarse, o admitieron hacerlo, con las capas medias modernizantes y ganar el respaldo de los trabajadores explotados, sea para destruir el Estado oligárquico, como en el caso mexicano, o para imponer la modernización básica de sus agrupaciones, como en los casos de Argentina, Uruguay, Chile o Colombia (Quijano, 1993). Pero en ninguno de esos casos la democratización de la sociedad y la nacionalización del Estado pudieron ser consolidadas de modo de garantizar la continuidad del desarrollo capitalista *nacional*. Por esas razones, el desarrollo capitalista posible ha sido solamente como neoliberalización y por lo tanto contra la creciente mayoría de su población.

El Estado en todos los países ha operado en estos últimos 30 años, en mayor o menor medida, en contra de la mayoría de la población. Esto es, no sólo como articulación política del dominio de una minoría sobre la mayoría, como en todas partes, sino como garante y administrador de la continuada y creciente exclusión social de la mayoría. A menos que alguien tuviera el desparpajo de sostener que, en los últimos diez años en especial, en Argentina, en Brasil, en Perú, en Ecuador, en Bolivia o en México, el Estado haya trabajado en beneficio de esa población. Tal Estado no llegó a ser del todo un Estado del capital, es decir, que articula la dominación del capital sobre el trabajo, pero sin dejar de mantener un margen de negociación de las condiciones de esa dominación. Ahora se trata del Estado de los capitalistas contra los trabajadores. Y tales capitalistas son, principalmente, internacionales y controlan el capitalismo mundial y hoy en especial el capital financiero. Dicho de otro modo, hemos sido víctimas de un proceso de reprivatización del Estado.

La determinación histórica central en esas relaciones entre capitalismo y Estado en América Latina consiste en la colonialidad básica del patrón de poder mundial imperante, originada precisamente con la propia América (Quijano 2000 y 2001).

Con todos los obligados recaudos, no parecen ser muy notables las condiciones que permitirían establecer o restablecer un capitalismo nacional, mucho menos democrático. El cambio histórico necesario para lograrlo sería tan profundo que implica en realidad una revolución. Y tampoco parecen estar a la vista, en el corto plazo, las condiciones y las fuerzas sociales y políticas que pudieran llevar a cabo un proceso de ese carácter y de esa orientación. De una parte, una revolución social para imponer un capitalismo nacional, democrático, choca en primer término con la propia burguesía, local e internacional. De la otra, las únicas fuerzas sociales y políticas que están en curso de constitución, si se desarrollan y se hacen efectivamente fuertes como para disputar

el control del poder en esta sociedad, probablemente se orientarían más a la producción democrática de una sociedad democrática. En tal caso, el patrón de poder capitalista estaría en cuestión, incluido, por cierto su Estado.

Si se observa con cuidado lo que ocurre con una mayoría creciente de la población latinoamericana y, probablemente, mundial, así como no puede vivir sin el mercado, ni puede vivir con el mercado, no puede tampoco vivir sin el Estado, ni puede vivir con el Estado. La acelerada profundización de las dos tendencias centrales del patrón de poder ha originado para sus víctimas esa doble trampa, que no dejará de desarrollarse en adelante. Para las víctimas que son empujadas al polo de miseria del capitalismo, por eso mismo, en adelante toda conquista o reconquista del acceso a los bienes y servicios que el trabajo produce no podrán realizarse sino como democratización radical de la existencia social. Tenderá, por eso, no mucho más tarde, también a hacerse sin el Estado o contra él.

Nuevas formas de autoridad están en pleno curso de constitución en todas partes, de manera molecular si se quiere. Ellas tienden a ser de carácter o de orientación comunal. Sus muchas formas de conflicto y de combinación con el Estado, ya están presentes. Así ocurrió con las experiencias de Villa El Salvador (Coronado y Pajuelo, 1996; Quijano, 1998 y 2000b) o de Huaycán, en el Perú, de las comunidades que reorganiza el movimiento de los indígenas en Ecuador y Bolivia, o que va ampliando el MST en el Brasil. Y así ha estallado a la mirada mundial en la reciente crisis argentina. Fuera de esas tendencias, la heterogeneidad histórico-estructural de la sociedad contemporánea, dentro y fuera de América Latina, no podría expresarse democráticamente, en una sociedad democrática. Y sin una sociedad democrática de ese carácter, la polarización social que produce el capitalismo actual, –sin pausa y sin retroceso posibles, arrastrando a la especie a una catástrofe demográfica y social sin precedentes y que ya está en curso en África, Asia y América Latina–, no podría ser controlada.

Bibliografía

- Arancibia, Fabiana (2003): “Patagonia, la codiciada”, *América Latina en movimiento*, n° 366, Quito, Ecuador, 18 de marzo, pp. 3-5, ALAI.
- Auyero, Javier (2001): “Global Riots”, *International Sociology*, vol. 16, n° 1, marzo, pp. 33-55.
- Burbano de Lara, Felipe (2000): “Ecuador. Cuando los equilibrios crujen”, *Anuario social y político de América Latina y el Caribe*, San José, Costa Rica y Caracas, n° 3, pp. 65-79. Flacso-Nueva Sociedad.
- Centro Comunitario de Salud Mental (1999): *Familia y cambio social*, Lima, Cecosam.
- Cepal (2002): Informe sobre el desempleo, Dublín, 8 de julio.

- Coronado, Jaime y Ramón Pajuelo (1996): *Villa El Salvador. Poder y comunidad*, Lima, CEIS-Cecosam.
- Delgado Ramos, Gian Carlo (2003): "Geopolítica imperial y recursos naturales", *Memoria*, México, n° 171, mayo, pp. 35-39.
- Furtado, Celso (1982): "Trasnacionalizaçao e monetarismo", *Pensamiento Iberoamericano*, Madrid, n° 1, enero-junio, pp. 13-45.
- Iglesias, Enrique (1993): "La evolución económica de América Latina", *Comercio Exterior*, México, febrero, vol. 33, n° 2.
- Islas, Héctor (1983): "México y Brasil, la convergencia de problemas", *Comercio Exterior*, México, mayo, vol. 33, n° 5, pp. 405-408.
- Lipschitz, Edgardo (1980): "América Latina en la economía mundial", *Economía de América Latina*, n° 5, México, pp. 15-33.
- López-Maya, Margarita (ed.) (1998): *Lucha popular, democracia, neoliberalismo. Protesta popular en América Latina en los años del ajuste*, Caracas, Nueva Sociedad.
- Macas, Luis (2000): "A diez años del levantamiento del Inti Raymi en Ecuador", *América Latina en movimiento*, Quito, n° 315, junio, pp. 12-16.
- Mendonça, Maria Luisa (2003): "La ofensiva militar de EEUU", *América Latina en movimiento*, n° 371, Quito, 1 de julio, pp. 17-19, ALAI.
- Pimentel, Carmen (2001): *Violencia y familia en la barriada*, Lima, Cecosam.
- PNUD (2002): *Sobre la pobreza, Informe sobre desarrollo humano*, Dublín, 8 de julio.
- PNUD (2003): *Informe sobre Desarrollo Humano*, julio.
- Quijano, Aníbal (1984): "Los vicios del círculo. La crisis económica en América Latina", *Cuadernos del Centro de Estudios de la Realidad Portorriqueña*, n° 3, San Juan, Puerto Rico, septiembre.
- _____ (1993): "¿A América Latina sobreviviera?", *São Paulo Em Perspectiva*, vol. 7, n° 2, São Paulo, pp. 60-67, Seade.
- _____ (1998): *La economía popular en América Latina*, Lima, CEIS-Mosca Azul.
- _____ (2000): "Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina" en Edgardo Lander (comp.), *Colonialidad del saber, eurocentrismo y ciencias sociales*, Buenos Aires, Unesco-Clacso.
- _____ (2000a): "Globalización, colonialidad del poder y democracia" en *Tendencias básicas de nuestra época. Globalización y democracia*, Caracas, Instituto de Altos Estudios Internacionales Pedro Gual.
- _____ (2000b): "The Growing Significance of Reciprocity from Below. Marginality and Informality in Debate" en Faruk Tabak y Michaeline A. Crichlow (eds.), *Informalization*, pp. 133-166, Baltimore-London, Johns Hopkins University Press.
- _____ (2001): "Colonialidad, globalización y democracia en *Tendencias básicas de nuestra época*, Caracas, Instituto de Altos Estudios Diplomáticos "Pedro Gual", pp. 25-61. Traducido al portugués: "Colonialidade, Poder, Globalizaçao e Democracia" en *Novos Rumos*, año 17, n° 37, 2002, pp. 4-29, Instituto Astrogildo Pereyra, São Paulo.

- _____ (2002): “El fujimorismo del gobierno Toledo”, *Observatorio Social de América Latina*, Buenos Aires, junio, pp. 71-83, Clacso.
- _____ (2002): *Venezuela, ¿un nuevo comienzo?*, *América Latina en Movimiento*, Quito, abril, 2002.
- _____ (2002a): “El fujimorismo del gobierno Toledo”, *Observatorio Social de América Latina*, Clacso, Buenos Aires, junio, pp. 71-83, reproducido en PUC-VIVA, PUC 2002, São Paulo, Brasil.
- _____ (2002b): “El trabajo al final del siglo xx” en Bernard Founou-Tchuigoua, Sams Dine Sy and Amady A. Dieng (comps.), *Pensée Sociale Critique Pour Le XXI Siecle*, Melanges en l'honneur de Samir Amin, París, pp. 131-149, Forum du Tiers Monde, L'Harmattan.
- _____ (2002c): “El nuevo imaginario anticapitalista”, *América Latina en movimiento*, n° 351, abril, pp. 14-22.
- Sousa de Santos, Boaventura (ed.) (2002): *Produzir para viver. Os caminhos da produção nao capitalista*, Civilização Brasileira, Río de Janeiro, pp. 81-114 y 189-283.